



## En la estela ateneísta de Nicolás Salmerón

José Siles Artés

Texto íntegro de la comunicación presentada en la mesa redonda *Nicolás Salmerón político, filósofo y ateneísta*, el 22-1-2009, con la intervención de José Luis Abellán, Eduardo Huertas y el autor, en la segunda jornada del Homenaje del Ateneo de Madrid a Salmerón, con motivo del centenario de su muerte. Publicado posteriormente en la revista *El Eco de Alhama* (Almería), nº 30, diciembre 2010, pp. 4-11.

La siguiente exposición trata de seguir los pasos de Nicolás Salmerón en el Ateneo de Madrid, sus huellas, su rastro más bien, que es como un Guadiana que se esconde, que desaparece en largos trechos y que en ciertos puntos reaparece inequívocamente.

Nicolás Salmerón y Alonso, ex presidente de la Primera República, había muerto el día 20 de septiembre de 1908 en Billère, cerca de Pau (Francia), donde se encontraba reposando, en mal estado de salud. Se acaba de cumplir, pues, el primer centenario de su muerte.

El día 24 de septiembre de 1908 una solemne comitiva fúnebre, llevando los restos de Nicolás Salmerón, se detiene frente al Congreso de los Diputados, donde se le rinden honores.

Por las reseñas y fotos de prensa, puede deducirse que se trató de un acompañamiento multitudinario, de esos que de verdad llegan al corazón de la gente sencilla. A mí me ha hecho pensar en lo que en enero de 1986 sería el entierro de Tierno Galván, el alcalde de Madrid.

La muerte de Salmerón tuvo la gran resonancia que correspondía a figura política e intelectual tan sobresaliente, dedicándole el periódico *El Imparcial* el día siguiente, el 21 de septiembre de 1908, un editorial a tres columnas en primera página, que dibuja una semblanza y un balance de su trayectoria, no omitiendo que “En el Ateneo de Madrid es donde inicialmente se dio a conocer Salmerón: allí expuso abiertamente sus ideas democráticas y sociales, alcanzando rápidamente nombre de orador y filósofo”.



Se refiere dicho editorial a los primeros años sesenta del siglo XIX, a casi cincuenta años atrás, cuando Salmerón era un joven profesor e intelectual, integrado en el selecto Círculo Filosófico de Cañizares, donde fermentaba la escuela krausista, introducida en España por Julián Sanz del Río.

En los años sesenta del siglo XIX los krausistas, aliados con la defensa de la democracia y el progreso, se están enfrentando a postulados y dogmas secularmente arraigados en la sociedad española en general. Es una contienda que tiene lugar en el parlamento, en los periódicos, en las universidades, en los cuarteles, en los círculos intelectuales y hasta en los casinos y cafés.

Y en máximo grado, la controversia se desarrolla y escenifica en el Ateneo de Madrid, el viejo Ateneo de la calle de la Montera, 22, en cuya sección de Ciencias Morales y Políticas se debaten los temas más candentes e intervienen los hombres más capacitados.

En 1861, nos dice la Memoria de Socios correspondiente, el tema de discusión de la Sección de Ciencias Morales y Políticas versó sobre la "Determinación de la idea del progreso". Era presidente de la mesa Antonio de los Ríos y Rosas; vicepresidente, Emilio Castelar, y secretarios, José Moreno Nieto y José Echegaray, constando en la memoria que el número de socios de pago era entonces de 522, y el de admitidos ese año, 81, uno de los cuales es precisamente Nicolás Salmerón y Alonso. La Memoria de 1862 refleja que de la citada sección el presidente era Nicomedes Pastor Díaz, el vicepresidente Emilio Castelar, el secretario primero José Echegaray y el secretario segundo, Segismundo Moret y Prendergast. Se debatió aquel curso durante varios meses sobre la "Relación entre el progreso científico e intelectual de nuestra época, con el progreso moral", figurando explícitamente entre los ponentes el nombre de Salmerón.

En el curso siguiente, 1862-1863, lo vemos ascender al puesto de secretario segundo, en una mesa presidida por José Moreno Nieto, con Francisco Paula Canalejas de vicepresidente y Segismundo Moret de secretario primero. Mesa que se ocupó de debatir el tema: "¿Será conveniente la libertad absoluta de discusión y de enseñanza?"

Licenciado en Filosofía y Letras con premio extraordinario en la Universidad Central en 1859, empieza a enseñar ese mismo año como profesor auxiliar en el Instituto San Isidro de Madrid. Dos años después se incorpora, también como auxiliar, a la Universidad Central; en 1864 había ganado la cátedra de Historia Universal de la Universidad de Oviedo, puesto que renunciaría a desempeñar. Su proyecto de vida estaba ya claro, que no



era otro que situarse, trabajar y luchar por sus ideas desde Madrid. En 1866 gana la cátedra de supernumerario de filosofía y otras disciplinas en la Universidad Central.

La docencia y la política empiezan a correr paralelas ya en aquellos años. Infatigable inconformista, en 1867 se niega con otros colegas a firmar un documento que entrañaba la supeditación de la Universidad a la Corona. Sería seguramente el primero de una serie de gallardos posicionamientos que se van a suceder a lo largo de su apasionada vida política. En este caso sufrió prisión durante cinco meses, inculpatado por pertenecer al ilegal "Comité Democrático".

El profesor de filosofía ya está implicado de lleno en la refriega política, además de la ideológica, de tal manera que cuando se produce la revolución conocida como "La Gloriosa" y cae Isabel II, se distingue como ferviente orador en pro de un régimen republicano. En ese papel lo vio Nicolás Estévez, militar republicano y literato, en sus inestimables memorias (1903: 281-282):

De pronto aparece pidiendo la palabra un joven como de treinta años, alto, flaco, moreno, de ojos saltones y expresivos. Orense, que presidía, se la concedió, pero el público empezaba a fatigarse y hubo hasta murmullos de protesta, que ya estaban todos satisfechos y aun hartos de retórica después de media docena de larguísimos discursos, entre ellos uno correcto y elocuente de Cristino Martos. Empezó, pues, aquel orador desconocido en condiciones muy desfavorables; pero apenas oídas las primeras frases del exordio, el silencio se hizo general y no tardó en manifestarse la unánime admiración del público: era Salmerón. Aunque ya famoso en la Universidad, el público de entonces no lo conocía, ni yo tampoco. Lo confieso, quedé maravillado de su dicción, de su estilo, de sus actitudes, nada parecidas a las de la mayor parte de nuestros oradores. Con todo, salí contrariado de aquel *meeting* creyendo que había de malograrse tan peregrina elocuencia por el espíritu ecléctico del orador filósofo. No hubo manera de arrancarle ninguna declaración categórica; no hizo ninguna afirmación de republicanismo, y cuenta que era entonces tan republicano como ahora. Pretendía, sin duda, atraerse a los *neutros*, enemigos irreductibles de la democracia y de la revolución.

Sobra decir que Estévez era un republicano radical.

En 1869, además, Salmerón consigue la que será su máxima marca académica, al ganar por oposición la Cátedra de Metafísica de la Universidad Central.

Y la máxima cota política la alcanzará el 19 de julio de 1873, cuando sucede a Pi y Margall en la presidencia de la llamada Primera República. Era



para el idealista, el utopista, el intelectual insobornable, la prueba de fuego. Era el salto de la política como discurso y teoría a la política real, erizada de afiladas aristas. Desde joven Salmerón se había manifestado contra la pena de muerte y ahora se le ponía encima de la mesa unas sentencias impuestas a los insurgentes cantonalistas. ¿Qué hacer? ¿Plegarse al dictado de los hechos, acomodarse a la práctica de los gobernantes inclementes conservando al mismo tiempo el disfrute del poder, o bien obedecer a sus convicciones? Fue consecuente con sus principios y dimitió de la Presidencia de la República, su mandato había durado seis semanas.

Tan insólita renuncia quedará para la historia como el gesto más valiente y más honesto de este estadista singular. Será grabada en su sepulcro y se convertirá en un epitafio legendario. “Dejó el poder por no firmar una sentencia de muerte”

La peripecia política de Salmerón está manifiestamente jalonada de actos y parlamentos dramáticos.

Ocupando la presidencia del Congreso en la histórica madrugada del 2 al 3 de enero de 1874, tomará la palabra para oponerse a la política de Castelar, primer cuadro del drama que concluye con la irrupción de las fuerzas del general Pavía en el Congreso, dando fin a la Primera República. Fue de nuevo una toma de posición irreductible, una resolución tan personal como histórica. En el escenario del Congreso la historia encarnó en teatro. No podía desaprovechar la escena Pérez Galdós, quien en uno de sus Episodios Nacionales, *De Cartago a Sagunto* (1996:64), lo vio así:

En esto sonó el primer trueno de la ya inminente tempestad. Salmerón, que había dejado la silla presidencial, soltó en un escaño próximo al reloj el raudal de su elocuencia altisona y majestuosa. Sus negros ojos fulgurantes, su lucida estatura y la solemnidad de sus ademanes, completaban el mágico efecto del orador sobre sus embelesados oyentes.

Restaurada la monarquía con Alfonso XII el 29 de diciembre de 1874, se abre un período de especial dureza para las fuerzas radicales, llegando el poder a desposeer de sus cátedras a algunos de sus titulares más significados, como Salmerón, quien al igual que muchos otros republicanos eligió el camino del exilio. El se instaló en París, donde residirá hasta 1885.

Pudo haber continuado en Francia renunciando a la lucha por sus ideas, otros lo hicieron seguramente, pero no estaba en su carácter.

Durante casi una década de ausencia de España, han sucedido aquí muchas cosas. La monarquía ha vuelto por sus fueros y dos partidos, el



conservador y el liberal, se turnan en el poder. Pero la llama del republicanismo sigue viva, y Salmerón se consagrará a mantenerla y extenderla desde el escaño que sucesivamente irá ocupando en el Congreso. Mientras tanto se ha reincorporado a su cátedra, ha retomado la práctica de la abogacía y sigue afiliado al Ateneo, como atestigua la Lista de Señores Socios de 1886.

Aunque el Ateneo ha sufrido una gran cambio; ya no está alojado en aquel destartalado caserón de la calle de la Montera; ocupa un edificio mucho más espacioso y construido expresamente para sus funciones, con unas espléndidas salas de biblioteca, zonas de estar, Galería de Retratos y un grandioso Salón de Actos. Ha sido inaugurado el 21 de enero de 1884, con un largo discurso del líder conservador, Cánovas del Castillo y la asistencia-bochornosa para los republicanos acérrimos-del rey Alfonso XII.

En el nuevo Ateneo, al que los historiadores llamarán el Ateneo “canovista” con orgullo unos y con desdén otros, siguen teniendo cabida todas las ideas, como reflejan sus Juntas de Gobiernos y sus cursos y cátedras.

Ateneístas son Rafael María de Labra, Gumersindo de Azcárate y Manuel Pedregal, quienes con otros republicanos fieles, se reúnen alrededor de Salmerón para fundar el Partido Centralista en 1890. Hasta 1897 existirá ese partido, año en que muere Pedregal. A este economista, ministro y activo ateneísta, le dedica el Ateneo una velada necrológica el 20 de febrero de 1897, donde estará presente e intervendrá Nicolás Salmerón.

En su parlamento, Salmerón, tras señalar varios factores que conturban su estado de ánimo en aquel luctuoso momento, alude a la dificultad de hablar en el Ateneo “después de largos años” (1897:51).

¿Cuántos años? Posiblemente se esté refiriendo a los primeros sesenta del siglo XIX, a un intervalo de treinta y cinco años largos, a cuando el Ateneo tenía su sede en la calle de la Montera. Suposición que no contradice la documentación existente.

El Guadiana a que me he referido al principio, la vinculación de Salmerón a la Docta Casa, vuelve a reaparecer con su nombre y señas en las listas de socios de 1891, 1901 y 1903, dejando de figurar en la siguiente lista conservada, la de 1909, un año después de su muerte: el río había desembocado en el mar.

Pero en el Ateneo nos sigue mirando con sus ojos rebeldes y desafiantes. Su imagen cuelga en la Galería de Retratos pintada por M. D. Pineda, autor



también del retrato de Julián Sanz del Río, fechado en 1874, como precisa la Lista de Señores Socios de 1891.

No consta la fecha del retrato de Salmerón, pero es lógico suponer que ambos son fruto de una ampliación que por aquellos años se hizo de la colección ya existente (Rafael María de Labra, 1878:97-98) Tendría por entonces Salmerón cuarenta años escasos, edad que claramente refleja el lienzo. Es el Salmerón de los años gloriosos, el más vital, fogoso e idealista, tal como lo vieron sus contemporáneos

Como vimos en referencia a la necrológica de *El Imparcial* el 21 de Septiembre de 1908, el pasado ateneísta sale a relucir con su muerte. Pues bien, tres semanas después, ese pasado va a ser evocado con tanta o mayor resonancia.

12 de octubre el Congreso de los Diputados le dedica un homenaje, y el 13 hace lo propio el Senado. Los discursos de ambas sesiones fueron recogidos en el libro, *Homenaje a la buena memoria de don Nicolás Salmerón y Alonso. Trabajos filosóficos y discursos políticos seleccionados por algunos de sus admiradores y amigos*, libro que vio la luz en 1911, con prólogo de Francisco Giner de los Ríos, su correligionario y amigo íntimo. Se conocían desde sus tiempos de estudiantes en la universidad de Granada.

Las intervenciones más interesantes de dicho acto fueron seguramente las de aquellos personajes que conocieron a Salmerón en su primera juventud, concretamente cuando participaba de manera activa en las polémicas intelectuales del Ateneo de Madrid. En este centro habían hecho sus primeras armas como oradores y, andando el tiempo, fueron ocupando puestos de gran relieve, hasta convertirse en importantes forjadores de la historia del país, cada uno según su particular ideología y conocimientos. Son estos ateneístas, José López Domínguez y Rafael María de Labra en el Senado, y Segismundo Moret y Gumersindo de Azcárate en el Congreso.

Entre todas las alocuciones de la ocasión, la del general José López Domínguez se distingue por hacer referencia concreta al pasado ateneísta del difunto, a los primeros años sesenta del siglo XIX.

La evocación de este relevante militar y político es emotiva y altamente elogiosa, poniendo de relieve la combatividad y saberes de su joven consocio.

Yo tuve el honor de conocer a Salmerón allá en las luchas del antiguo Ateneo Científico y Literario de Madrid, cuando se hallaba establecido en la calle de la Montera, frente a San Luis. Eran los primeros años de nuestra vida; aún no figurábamos en política ni Salmerón ni yo; pero la afición a las luchas



de la tribuna y a los combates de la Academia me llevaron allá, en donde empecé a comprender lo mucho que valía aquel joven que se llamaba Salmerón. Tomaba éste parte en todas las luchas, en aquellas inolvidables luchas del Ateneo que alcanzaron gran fama, y allí, señores, lo mismo de discusiones políticas, que de discusiones literarias, que de trascendentales conferencias, algunas de las cuales han producido luego libros notables, surgieron todas las luminosas ideas, que después se han traducido en nuestro actual Derecho político (XXVIII-XXIX).

Resalta también la intervención de Segismundo Moret en el Congreso, aunque de otra manera. Moret, prohombre del partido liberal, ministro y presidente del consejo de ministros varias veces, hace un discurso breve en que tras admitir la grandeza parlamentaria de Salmerón, confiesa y lamenta su discrepancia en materia política:

... son tan grandes las peripecias y las variaciones de la vida; ha hecho la sociedad tantas evoluciones; estábamos muchos tan cerca allá en el año de 1869, que nos parece inconcebible cómo podremos hoy estar tan separados. La muerte nos obliga a pensar en estas cosas, porque nos da lecciones muy severas" (XVI).

De la misma edad casi que Salmerón, Moret le sobrevivió cinco años. En 1908, cuando Salmerón muere, Moret era presidente del Ateneo. En este puesto había sucedido a Echegaray en 1899, para continuar hasta 1913, el año de su muerte. Antes lo había sido en los períodos, 1884-1886 y 1894-1898.

Las reticencias de Moret el mencionado día en el Congreso, contrastan con el fervor de Gumersindo de Azcárate, que intervino a continuación: "... para mí, hablar de Salmerón es como hablar de un hermano", declaró. Azcárate, también krausista e institucionista, era socio del Ateneo desde 1862, un año después que Salmerón y un año antes que Giner de los Ríos, cuyo prólogo al libro homenaje es una pieza de gran belleza literaria y una profunda inmersión en la compleja personalidad de Salmerón.

XI. "Su orientación general, en perpetua discordia con el medio, la selvática inflexibilidad de su contextura y su carácter-que recordaba a su modo a Ríos Rosas-lo empujaban fuera de los partidos y le imponía la vocación solitaria del profeta, llamado a remover (XII) las almas con la potencia de la idea y el fervor de la pasión incandescente. Su superioridad, tan desproporcionada, las circunstancias de nuestra historia, mil factores complejos, hicieron constantemente de él un jefe: de aquel eterno disidente, nacido para no mandar ni ser mandado, y que llevaba arrastras sin piedad, como una tromba, a la masa rebelde de su ejército, sin poder, ni querer quizá, con él penetrarse {...} No sé si acertaré, y si sería éste Salmerón. Por lo menos, éste es el mío. El que he amado y reverenciado más de cuarenta años: de cerca, en los bancos de





su clase; de lejos en esta política española, que lucha aún entre la vida y la muerte, brutalmente llevada a empellones por sus “estadistas” al pretorio de Europa”...

En días sucesivos a la muerte de Salmerón, el diario citado, *El Imparcial*, recoge ecos de otros ámbitos, pero yo no he visto ninguno procedente del Ateneo de Madrid. Tampoco he visto reseña alguna en los papeles conservados, si bien es verdad que el archivo del Ateneo ha desaparecido misteriosamente en su mayor parte. Hay que valerse de reseñas de prensa. Las ha recogido para este período el historiador Francisco Villacorta en su indispensable libro, *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1885-1912)*. No aparece en las páginas correspondientes (335-338) ningún homenaje a Salmerón, aunque sí consta una velada necrológica que la sección de música dedica al maestro Chapí, fallecido el 25 de marzo de 1909.

Sin embargo, se hace difícil pensar que no se celebrara algún tipo de recordatorio en el seno de la Sección de Ciencias Históricas, presidida por un gran amigo y colaborador del finado, Rafael María de Labra.

Como señalamos arriba, el gran homenaje a Salmerón con motivo de su muerte se lo hizo el Senado y el Congreso, en cuyo ámbito estaban aún vibrantes los discursos de quien durante muchos años fue excepcional orador, adelantado ideólogo y político de bien.

Un cuarto de siglo después, el Ateneo invocaría la gran trascendencia de la figura de Salmerón. Según reseña Antonio Ruíz Salvador en su indispensable libro, *Ateneo, Dictadura, República*, en el curso 1935-1936, el Ateneo celebró su centenario con una serie de conferencias, una de las cuales, pronunciada el 11 de diciembre por el líder republicano Marcelino Domingo, versó sobre “Salmerón político”, analizando a éste como un precursor de Manuel Azaña. El tema estaba en sintonía con los críticos acontecimientos que a la sazón se producían vertiginosamente. El día 14 de diciembre forma Portela Valladares su primer Gabinete; el día 31 del mismo mes forma su segundo Gabinete; el 15 de enero del 36 se compone el Frente Popular; el 16 de febrero se celebran las elecciones generales resultando vencedora aquella coalición; el 19 de febrero Manuel Azaña forma su cuarto Gobierno; el 7 de abril las Cortes destituyen a Alcalá Zamora; y el 10 de mayo nombran en su lugar presidente de la República a Manuel Azaña. La analogía de Marcelino Domingo ganaba puntos.

No tengo noticia de que el actual Parlamento le haya dedicado alguna conmemoración, aunque sí las ha habido en otras instancias y, notablemente, en Almería. Se han celebrado diversas manifestaciones conmemorativas, como





conferencias, un congreso científico; se ha publicado dos libros y un número monográfico de la revista *El Eco de Alhama*, el pueblo almeriense donde nació Salmerón, y donde se conserva su casa museo. Y el acto presente es el segundo de un homenaje con que el Ateneo de Madrid ha querido sumarse a la celebración del centenario, queriendo saldar seguramente así una deuda demasiado tiempo pendiente.

## BIBLIOGRAFÍA

ESTÉVANEZ, NICOLÁS: *Fragmentos de mis memorias*, Madrid: 1903.

FERNÁNDEZ BASTARRECHE, Fernando: *Nicolás Salmerón y Alonso*, Almería: Grafikás Ediciones, 1975.

HEREDIA SORIANO, Antonio: *Nicolás Salmerón: Vida, Obra y Pensamiento (1837-1908)*. Tesis Doctoral (extracto), Salamanca: 1972.

*Homenaje a la buena memoria de don Nicolás Salmerón y Alonso. Trabajos filosóficos y discursos políticos. Seleccionados por algunos de sus admiradores y amigos*, Madrid: Imprenta de la Gaceta Administrativa, 1911.

LABRA, Rafael María de: *El Ateneo de Madrid. Notas históricas. 1854-1905*, Madrid: Tipografía de Alfredo Alonso, 1906

\_\_\_\_\_ *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes-desarrollo. Representación y Porvenir*, Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria, 1878

*Nicolás Salmerón y Alonso (1837-1908). Semblanzas*, Almería: Patio de Luces de la Diputación de Almería, 2003

PÉREZ GALDÓS, Benito: *Episodios Nacionales*, 45. *De Cartago a Sagunto*. Madrid: Historia 16, 1996.

RUÍZ SALVADOR, Antonio: *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, London: Tamesis Books Limited, 1971.

UTRERA, Carmen y CRUZ, Dolores: *Cronología de la Historia de España (III). Siglo XX*, Madrid: Acento Editorial, 1999.

*Velada en honor de DON MANUEL PEDREGAL Y CAÑEDO, el día 20 de Febrero de 1897 bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret*. Gijón: 1897.



VILLACORTA BAÑOS, Francisco: *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985.